

que os enseñan sus acciones? Oídse lo decir à San Ambrosio, para que ya que os ha declarado las virtudes de vuestros Patronos, os enseñe juntamente el modo de imitarlos. Os enseñan, dice este eloquente Arzobispo, à creer en las promesas de Jesu-Christo, que recompensa à los que le sirven. Os enseñan à no temer la muerte, respecto de que pasa con tanta velocidad. Os enseñan à sufrir con paciencia, y perdonar con generosidad las injurias que os hicieron vuestros próximos, respecto de que esta acción heroica nos alcanza una eterna felicidad. Os enseñan à despreciar los trabajos, respecto de que nos alcanzan la vida eterna: *Exemplo eorum didicimus Christo credere, didicimus contumelias vitam æternam querere, mortem didicimus non timere* (a). Mas para recopilar todo el discurso, digamos, que vuestros ilustres Patronos os enseñan que vuestro nacimiento, que es el Bautismo, os obliga como à ellos al martyrio; que vuestra vida, si es regulada por el Evangelio, debe ser, como lo fue la suya, un martyrio continuado; que vuestra muerte, sufrida con amor y conformidad, podrá ser, como lo fue en ellos, un martyrio verdadero; y finalmente, que vuestro sepulcro, si está esento de la vanidad y del orgullo, será, como el suyo, el triunfo de un Martyr; porque si fuereis sepultados en los Cementerios ò en las Iglesias, no distareis mucho de aquellos Altares, donde se ofrece diariamente à Dios el mayor de los sacrificios; y Jesu-Christo, despues de haber expiado vuestras culpas sobre la tierra, os concederá la gracia de reynar con él por los siglos de los siglos en el Cielo. Asi se ca...

(a) Idem ibid.

SERMON

DE SAN JUAN BAPTISTA.

Non surrexit major inter natos mulierum

Joanne Baptista. Matth. cap. 11. v. 11.

Siempre que el Predicador sube à la Catedra del Espiritu Santo para hacer el Panegyrico de los Bienaventurados, se halla acometido de dos temores enteramente contrarios. El uno es, el temor de no decir bastante; de ser agoviado baxo de la grandeza de su Heroe, y de no encontrar palabras ni pensamientos con que explicar sus virtudes y excelencias. El otro es, el temor de decir demasiado, esto es, de ensalzar à un Santo con menoscabo de los demás; y por consiguiente, de cometer una injusticia, quando intenta practicar una acción de piedad. Mas como yo hago en este dia el elogio del Bautista, me hallo libre de semejantes temores. Porque como Jesu-Christo hizo el Panegyrico de este su Precursor, al qual ningun Orador puede añadir cosa alguna, suple su Magestad mi impotencia, y me libra del temor de no decir lo suficiente. Librame juntamente del segundo, esto es, de decir demasiado; porque diciendonos el Hijo de Dios, que San Juan Bautista fue el mayor entre todos los hijos de los hombres, nos insinua que es el mayor entre los Santos; y por consiguiente, que jamás las alabanzas ex-

cederán, ni aun igualarán à sus merecimientos: *Infer natos mulierum non surrexit major Joanne Baptista*. Y así, yo no tengo en este día otro destino ù otro empleo, que el de explicaros las palabras de Jesu-Christo, para formar el Panegyrico de su Santo Precursor, y el de pedir al Espiritu Divino la inteligencia para ello, por la intercesion de su mas amada Esposa, que no me negará este favor, respecto de que el Santo, à quien yo vengo à elogiar, tuvo el honor de ser su hijo adoptivo, y de que Santa Isabel juntamente con el Angel, la saludan en esta hora por mi boca, repitiendola con fervor:

AVE MARIA.

La Sagrada Teología nos enseña, que el Hijo unico de Dios es la imagen de su Padre, la expresion de sus grandezas, el caracter de su substancia, y el exemplar y la idéa de todas las criaturas; porque además de que el Padre no hace cosa alguna sin orden ò respecto à su Hijo, por cuyo motivo le intitula el Grande Agustino: *Arte del Omnipotente, Ars omnipotentis & sapientis Dei*; en todo quanto ha criado, ha impreso ò algun vestigio, ò la imagen de su Hijo. Aquellas criaturas, digo, que no han sido dotadas de razon, y que no pueden conocer à su Magestad, ni amarle, no son mas que unos vestigios suyos, que no manifiestan en su esencia mas que una sombra confusa de sus divinas perfecciones. Mas las que dotadas de razon, logran juntamente la facultad de amarle, tienen el honor de ser sus imagenes, y expresan con mas perfeccion que las primeras sus adorables grandezas. Y como entre las copias, aquellas son mas excelentes que representan con mayor naturalidad al original; así entre las criaturas, aquellas son mas per-

fec-

fectas, que representan con más fidelidad al Eterno Verbo. Por cuyo motivo los Angeles son mas perfectos que los hombres, por tener con él mayor similitud; pues en su ser espiritual è inteligible, se acercan mas que ningunas otras criaturas, al que por su esencia es la inteligencia del Padre. Los hombres son mas perfectos que los demás animales; porque como racionales que son, tienen mayor semejanza con aquel, que es la razon primitiva. Pues ahora: lo que es el Verbo increado por lo que respecta à los Angeles, y à los hombres, es tambien el mismo Verbo Encarnado por lo que mira à los Santos. Es, digo, el sagrado modelo, por el qual han sido formados, y el adorable exemplar por donde deben regularse. Mas por quanto así el Angel como el hombre se perdieron por haber querido injustamente ser semejantes à él en sus grandezas; quiso su Magestad abatirse hasta nuestras miserias, para que le pudiesemos imitar con toda seguridad y justicia. Y así, él propone à los hombres sus acciones y virtudes por norma ò modelo de las suyas; y en premio de su obediencia y humildad, los eleva à la participacion de aquella gloria, que habian temerariamente buscado por su orgullo y rebelion. Y así, hace de los hombres esclavos para hacerlos Soberanos; los hace miserables, para hacerlos Bienaventurados; y los abate como él sobre la tierra, para engrandecerlos con él en el Cielo. Pero à la verdad, entre todos los Santos que honra la Iglesia nuestra Madre, en ninguno fue tan dichosamente dibujado el Hijo de Dios, como en San Juan Bautista; porque à semejanza del Verbo Encarnado, fue Juan un compuesto, donde se hermanaron las cosas mas contrarias, perdiendo en él sus antiguas oposiciones y discordias; porque si Jesu-Christo unió

Tom. II.

Ss

en

en su persona el Cielo y la Tierra, el tiempo y la eternidad, el Verbo y la carne; y para decirlo en una palabra, la humanidad con la Divinidad; San Juan Bautista, como copia de tan excelente original, unió en su persona la inocencia con la penitencia; la grandeza con la humildad; y lo que es mas que todo, y casi imperceptible, es, que unió el goze del sumo bien, con la privación de este bien sumo. Todo lo qual os haré ver en este discurso, para formar el Pa- negyrico de este gran Santo. Dadme atencion.

PRIMER PUNTO.

La penitencia, al parecer, no debería tener su principio, sino donde la inocencia tuviese su fin; esto es, no deberíamos recurrir à la primera de estas dos virtudes, sino en el caso de haber perdido la segunda. Y à la verdad, el hombre no estaba obligado à llorar, ni à padecer en el Paraíso Terrenal; por- que como hasta entonces no habia pecado, no tenia porque sufrir, ni de que arrepentirse. Su delito, pues, hizo nacer la penitencia; y así, no cubrió su cuerpo con el silicio, hasta que perdió la justicia original. Pero como San Juan en todas sus cosas fue un verdadero prodigio, y una imagen del Verbo Encarnado, fue penitente sin haber sido criminal; pa- deció trabajos y miserias, sin haber cometido la mas leve culpa; ayunó, sin experimentar la mas pequeña rebelion de la carne, y su abstinencia fue superior à la de los mas austéros y penitentes Heremitas. Ex- pliquemos estos prodigios; y para que sobresalga mas la rigorosa penitencia del Bautista, manifestemos pri- mero su santidad ò inocencia.

Si contemplamos la concepcion de San Juan, ha-

haremos que tuvo en ella la gracia mas parte que la naturaleza; y que nació de una madre esteril, para persuadirnos que Jesu-Christo podia nacer de una Ma- dre Virgen: *Quasi ex aliquo similis Domino*, dice San Agustin, *præmittitur filius sterilitis ante filium virginis; nescio quod majus miraculum ipsa nativitate declarat* (a). Juan Bautista, dice, es en alguna cosa semejante à Jesu-Christo. El hijo de la esteril vá delante del Hijo de la Virgen, à fin de que su mara- villosa nacimiento nos preparase à creer otro mas admirable. Y así, no parece sino que Isabél era este- ril, y Zacarias anciano; para que el nacimiento del hijo nos pareciese mas prodigioso. No parece sino que la naturaleza le fue ingrata, para que la miseri- cordia divina le fuese mas liberal: *Ut quibus sterilitas filium denegasset, pietas divina concederet* (b). Mas como esta gloria es comun à todos los hijos, que han nacido de madres esteriles; veamos lo que tuvo de particular, y lo que los Santos Padres, explicando el Evangelio, han dicho de sus privilegios.

La Sagrada Escritura nos enseña, que todos los hombres son concebidos en pecado; por que siendo una parte de Adán, se manchan con su delito, luego que reciben el ser de aquel Padre infeliz y delinquen- te. Esto no obstante, San Ambrosio, y San Pedro Chrysologo pretenden, al parecer, eximir al Bautista de aquella culpa; pues segun sus expresiones, le reconocen santificado, no precisamente en su naci- miento, sino en su concepcion. El primero, pues, considerando las palabras del Angel, quando dixo à Zacarias, que su oracion habia sido oida, saca por

Ss 2

con-

(a) Aug. Sermon. 1. de Sancto Joann. Bapt. (b) Ambr. in 1. Luc.

consequencia, que San Juan fue producido por la oracion, y no por el deleyte: *Hinc*, dice, *intelligimus quod Joannem obsecratio creavit, non voluptas*. El segundo, corroborando este razonamiento, añade, que el lugar donde San Juan fue prometido à su Padre, fue un presagio de su futura santidad, que Juan fue un Sacerdote è hijo de otro Sacerdote, que fue hijo de la oracion, y alcanzado en la ocasion del sacrificio; y finalmente, que fue un Angel anunciado por la boca de otro Angel: *Joannes Antistes de Antistite, sacramenti filius inter sacramenta concessus, Angelus de ore Angeli sancta delatus in viscera* (a).

Bien que estas palabras sean bastante fuertes en favor de la graciosa concepcion del Bautista, se puede responder à ellas, que la intencion de San Ambrosio no fue otra, que la de manifestar, que la fecundidad de Isabél provino de la gracia, no de la naturaleza. Pero no se responde con esta facilidad à las del Chrysologo; porque como este Santo no ignoraba, que la concupiscencia es el canal por donde se conduce el pecado del padre al alma del hijo; trata de destruir este canal impuro en Zacarias y en Isabél, para que la concepcion de su hijo sea del todo santa: *In Zaccharia & Elisabeth*, dice, *reatus occidit, quia in illis parabatur unde tota sanctitas nasceretur* (b). La concupiscencia se extinguió, dice, en Zacarias y en Isabél, porque debian ser Padres de un hombre Santo. Si estas palabras, pues, se toman en todo rigor, creyó sin la menor duda San Pedro Chrysologo, que el Bautista fue esento del pecado original; y por consiguiente, que jamás se le debió dis-

(a) Chrys. Sermon. 88. (b) Chrys. Sermon. 89.

disputar à la Virgen un privilegio, que Jesu-Christo concedió à su Precursor.

Mas como la Escritura y la Iglesia no reconocen la santificacion de San Juan, hasta que la Virgen fue à visitar à su prima Isabél, es preciso estar à este parecer; pero de él, quando menos, se infiere que si San Juan no fue esento de pecado en su concepcion, lo fue en su nacimiento; pues fue santificado en el vientre de su madre, luego que la voz de Maria hirió los oídos de Isabél; en reconocimiento de cuyo favor, dió el infante saltos de placer en el materno seno: *Ex quo audita est vox salutationis tuæ in auribus meis, exultavit infans in utero meo*. Recibió, pues, S. Juan el Bautismo antes de nacer; y por un privilegio particular recibió la gracia con tal abundancia, que logró al mismo tiempo el uso de la razon, el dón de profecia, y el conocimiento de su Redentor. : *Propbetiæ spiritu intra matris uterum repletus, atque ut ita dixerim priusquam nasceretur renatus* (a). Este es el parecer de San Ambrosio, y de la Iglesia, quien se vale de la mismas palabras de este Santo en el oficio de San Juan: *Joannes nescivit impedimenta infantie*. Juan no experimentó las debilidades de la infancia; pues usó de la razon en el punto en que fue santificado. Profetizó asimismo antes que pudiese hablar, y haciendo yá el oficio de Precursor en el seno de Isabél, adoró à Jesus, y se lo manifestó à su Madre: *Ambæ propbetizant matres, sed spiritu parvulorum*. (b). Por manera, que así como Maria era animada de Jesu-Christo, è ilustrada con sus luces, así Isabél recibia las mismas ventajas de San Juan, y aprendia de él el Soberano Misterio de la Encarnacion del Ver-

(a) Greg. Mag. lib. 3. moral. cap. 5. (a) Ambr. in Lucam.

Verbo. Por cuyo motivo, podemos decir con San Agustín, que Dios hizo cien milagros para ilustrar el nacimiento de su Precursor; que sobre haber hecho à su madre fecunda, le hizo à él inocente y santo, à fin de que siendo igual à los Angeles, fuese el mayor de todos los hombres, el Profeta del Padre, el Precursor del Hijo, el Templo del Espíritu Santo, el Maestro de los Judios, el Predicador de los Gentiles, y para decirlo de una vez, el lazo sagrado de la Ley y de la Gracia: *Sterilitas fugit, reviviscit senectus, fides concipit, parit castitas, nascitur major homine, par Angelis, Probeta Patris, filii Nuntius, Judæorum correctio, vocatio gentium, & ut proprie dicam, legis & gratiæ sibi.*

Pero si fue una gloriosa circunstancia para San Juan el haber nacido Santo, mayor gloria fue, sin duda, el haberlo sido en toda su vida, ò el no haber perdido jamás la inocencia de su nacimiento. No hay, à la verdad, cosa mas delicada que la inocencia. El mas leve pecado la obscurece ò la mancha; y lo que es mas, una vez perdida, no se puede volver à recobrar. Podemos humillarnos, y resarcir los estragos que haya causado en nosotros el orgullo; podemos castigarnos, y enmendar la injusta delicadeza con que hubieremos lisonjeado à nuestra carne; podemos, en fin, unirnos à Dios, si por desgracia nos hubieremos apartado de su Magestad; y aun podemos sacar de nuestro mismo pecado nuevos motivos de amarle con mayor fervor y constancia. Pero la inocencia, y la virginidad son dos virtudes, que no se pueden recobrar: *Et qui redire nescit ut perit pudor.* Y sin embargo de esta delicadeza de la inocencia, el gran Bautista conservó la suya por toda su vida. Y el Cielo que queria hacer de él un prodigio

de santidad, le separó del mundo, y le conduxo al desierto, para que viviendo lexos de los peligros de pecar, conservase esta virtud en la soledad, y la hermanase con la penitencia. Y así, aunque esta virtud es como característica del hombre pecador; pues Dios nos la inspira y presenta, como una tabla que nos libera del naufragio de nuestras culpas, se hermanó prodigiosamente con la inocencia en la persona del Bautista; y de tal modo, que es difícil de juzgar, qual de estas dos virtudes sobresalió mas en el Santo Precursor. Por una parte sabemos, que jamás cayó en la mas ligera falta; en aquellas faltas, digo, que el Christiano mas atento es incapáz de evitar. Jamás pecó, como dice San Gregorio, en la comida, pues solamente se alimentaba de langostas. Jamás delinquirió en el vestido, porque siempre andubo cubierto de un silicio. Jamás pecó en las conversaciones, porque siempre vivió en la soledad. Jamás pecó en el silencio, porque quando se presentaba la ocasion reprehendía severisimamente à los pecadores, que venian à buscarle en el desierto: *Quando ille vel in cibo peccavit, qui locustas solummodo edit? Quid Deo de sui tegminis qualitate deliquit qui de pilis camelorum corpus operuit? Quid de conversatione sua offendere potuit, qui de Eremito non recessit? Quid illum loquacitatis reatus polluit, qui disjunctus ad hominibus fuit? Quando illum vel silentii culpa attingit, qui ad se venientes tam vehementer increparit?* (a)

Pues mirad, con haber sido todos sus pensamientos tan puros, todas sus palabras tan santas, y tan justas todas sus acciones, se puede decir con verdad, que

(a) Greg. Moral. lib. 3, cap. 5.

que en todas sus acciones , palabras y pensamientos no fue menos penitente que inocente. El dexó la casa de sus padres , no tanto por evitar el furor de Herodes , como por empezar su retiro y su austeridad. Fue penitente desde la cuna ; pues no tomó el pecho de su madre sino un brevisimo tiempo. Entró en el desierto sin haber salido de la infancia. Se desprendió generosa y felizmente de todas aquellas necesidades à que nos ha sujetado la naturaleza y la culpa. No usó de otro vestido que un silicio , de otra comida que langostas , de otra bebida que el agua , de otra cama que la tierra , ni de otra compañía que la de los Osos , y de los Leones. En suma , su penitencia fue tan grande en toda su vida , que la Escritura Sagrada , que es enemiga de hipócritas , se vió como precisada à hacer una , para manifestar lo admirable de su penitente vida , diciendo que fue su ayuno tan extremo , que no comia ni bebia. *Veni Joannes neque manducans neque bibens* (a). Verdaderamente era el Bautista un hombre superior à la misma naturaleza , dispensado de todas sus necesidades ; y mas era semejante à un Angel , que à un hombre penitente : *Naturæ necessitatibus superior factus , non lacte nutritus , non telto receptus* (b).

Entre las muchas excelencias que los Angeles poseen , es una de las mayores la de no tener las necesidades que los hombres. Ellos no tienen otro vestido que la luz , ni se mantienen de otra cosa que de viandas invisibles : *Utor cibo invisibili* ; y por consiguiete , no están sujetos à enfermedades como nosotros. En cuya suposicion , ¿ no os parece , Señores , que Juan

(a) Chrysost. iur Matth. (b) Idem ibid.

Juan Bautista era Angel mas que hombre ; respecto de que à imitacion de aquellos Celestiales Espiritus , no usaba de vestidos , de alimento , ni de reposo , sino que siempre estaba ocupado de Dios como los Angeles. Es evidente. Y asi , hasta la Sagrada Escritura le dá esta gloriosa qualidad ; pues quando refiere su mision , habla de él , no como de un hombre , sino como de un Angel : *Ecce mitto Angelum meum ante faciem meam*. Quanto se engañan , pues , aquellos hombres que miran la penitencia como à una confusion de nuestra naturaleza , ò como à una virtud vergonzosa , que nos echa en cara nuestra culpa ! El exemplo solo del Bautista nos enseña , que la mortificacion del cuerpo es gloria nuestra ; pues reforma nuestros desordenes , repara nuestras pérdidas , y elevandonos sobre nosotros mismos , nos hace semejantes à los Angeles. Quedemos , pues , en que la penitencia contribuyó à la grandeza del Bautista. Pero manifestemos tambien , que esta misma grandeza no le hizo perder su humildad , sino que se hermanaron prodigiosamente en San Juan estos dos contrarios , que es el segundo punto de este discurso. Y asi mirad :

PUNTO SEGUNDO.

Aunque la grandeza no se puede facilmente avenir con la humildad , ni en los hombres ni en los Angeles , por cuyo motivo , asi los unos como los otros , se hicieron sobervios luego que llegaron à ser grandes ; sin embargo , el Divino Verbo Encarnado las hermanó en su persona , juntando la qualidad de esclavo con la de hijo , y manifestandonos que no eran incompatibles. Despues de este divino exemplar , nos confirmó San Juan Bautista este caso posible ; pues ni hubo ja-

más hombre mas grande ni mas humilde en este mundo. Su grandeza es tan patente, que no necesita de pruebas; pues las palabras del Hijo de Dios, que forman su Panegyrico, son claras y terminantes: *Non surrexit inter natos mulierum major Joanne Baptista*. Todo hombre nacido de muger, es menor que Juan Bautista. Y así, los Santos Padres, fundados, sin duda, en este testimonio de Jesu-Christo, emplearon toda su eloqüencia para ensalzar los merecimientos de este grande hombre, que fue mayor que todos los hombres, y se creyeron con libertad para darle toda suerte de alabanzas; pues no hallaban otro personaje mayor que él, sino Jesu-Christo y su Santisima Madre.

San Pedro Chrysologo no hallando sobre la tierra quien le pudiese igualar, dice, que el Bautista era igual à los Angeles, el compendio de la Ley, la voz de los Apostoles, y el silencio de los Profetas: *Joannes par Angelis, major homine, legis summa, vox Apostolorum, silentium Prophetarum* (a). Era igual à los Angeles, porque era mayor que los hombres. Era el compendio de la Ley, porque nos dió lo que ésta nos habia prometido. Era la voz de los Apostoles, porque estos fundaron sus predicaciones sobre la suya, y todos los Evangelistas se autorizaron con su testimonio. Era el silencio de los Profetas, porque dixo quando ellos podian decir; y porque habiendo él mostrado à Jesu-Christo, se cumplieron todos sus vaticinios. San Agustín aumentó lo que dixo el Chrysologo; pues realzando las palabras del Hijo de Dios, juzgó, que las alabanzas de San Juan no debian tener limite:

(a) Chrys. Serm. 127.

te: *Magnus Joannes, cujus magnitudini etiam Salvator testimonium perhibet, dicens: Non surrexit major. Præcellit ceteros, eminent univrsis: antecellit Prophetas, supergreditur Patriarchas, & quisque de muliere natus est, inferior est Joanne* (a). Grande es, dice, Juan Bautista; y el Salvador del mundo dió testimonio de su grandeza, quando dixo: que no habia otro mayor que él entre los nacidos de las mugeres. El sobrepuja à todos; à los Profetas, à los Patriarcas, y todo el que es nacido de muger es inferior à él.

Quando Tertuliano pretende ensalzar la grandeza de los Reyes, para inspirarnos su estimacion y respeto, dice, que son mayores que todos los demás hombres, è inferiores unicamente à Dios: *Omní homine major & solo Deo minor*. Mas aunque esta alabanza sea verdadera, atendida la Dignidad Regia, puede ser falsa, atendida la persona del Rey. En efecto, todos aquellos vasallos suyos, que fueron mas señores que él de sus pasiones, serán por consiguiente mas absolutos. Todos los que fueron mas virtuosos que el Rey, serán verdaderamente mayores que el Rey. Pero en San Juan no sucede así; porque sea que consideremos su dignidad, sea que atendamos à su persona, no reconoce superior sino à Jesu-Christo, que es hombre y Dios à un mismo tiempo. Su grandeza, en fin, es valida y verdadera, porque está apoyada sobre el testimonio y aprobacion del mismo Dios; y como dice la Sagrada Escritura, es grande delante de Dios: *Magnus coram Domino*.

Todo quanto parece grande à los ojos de los hombres,

Tt 2

bres,

(a) Aug. Serm. 2. de Joan. Bapt.

bres, no es mas que resplandor falso; y así, los juicios que forman regularmente de las cosas son inciertos y engañosos. Solamente Dios es el justo apreciador de la grandeza, solamente él puede dar á las criaturas las alabanzas que merecen. Y así no podia la Sagrada Escritura ensalzar el merito de San Juan, que diciendo, que era grande ante los ojos de Dios; porque es lo mismo que decir: que era grande ante los ojos de aquel, para quien todo el mundo es un átomo, y todos los hombres unas nadas vivientes. Que era grande en el juicio ó parecer de aquel, que encuentra faltas en las estrellas, y defectos en los Angeles. Que era, en fin, grande en el dictamen de aquel, ante quien toda la grandeza del Cielo y la tierra, es una verdadera baxeza: *Magnus coram Domino.*

Y en efecto, ¿no es grande un hombre que logró el uso de la razón antes de nacer, que no estuvo sujeto á las debilidades de la infancia, que profetizó antes de poder hablar, y á semejanza de Jesu-Christo, era ya hombre perfecto en el vientre de su madre? Sí por cierto. Y ved aquí el motivo de que nada se diga en el Evangelio de su educacion quando niño, ni de otras cosas pertenecientes á la infancia; nada se dice, vuelvo á decir, porque fue esento, dice San Ambrosio, de las debilidades ó impedimentos de aquella edad. Y así solamente habla la Sagrada Escritura de su nacimiento, de sus oráculos; de sus movimientos en el seno materno, y de su predicacion en el desierto: *Infanti, et impedimentum nescivit, & ideo nihil in Evangelio super eo legitur nisi ortum ejus & oraculum, exultationem in utero, & vocem in deserto* (a). Pero

si

(a) Ambr. in Luc.

si Juan entre los hombres fue el mas grande, tambien fue el mas humilde; pues se abatió á sí mismo otro tanto como Dios le habia ensalzado.

La humildad jamás se vé mas embarazada, que quando está obligada á combatir con la gloria. Esta enemiga suya es fatal para ella; y así, es una especie de milagro quando la llega á vencer. Son tantos los encantos de la gloria del mundo, y tantos sus atavios, que si no se hace desear, quando está ausente, á lo menos es como imposible dexarla de aceptar quando se presenta: *Facile est, dice San Agustin, laudem non cupere cum negatur, difficile ea non delectari cum offertur* (a). Hay unos bienes, que nunca parecen mejores, que quando no se poseen, y hay otros que nunca son mas agradables que quando se ven de cerca. La exaltacion ó la gloria es del número de los primeros, nos lisonjea, nos agrada quando se dexa ver ó entender; y es necesaria una firmeza prodigiosa para no dexarse seducir de su hermosura, y de sus bellezas. El primer Angel la vió en el Cielo con admiracion, y se enamoró de ella al punto que la percibió. El primer hombre la escuchó en el Paraíso, y fue prendado de ella, luego que el demonio dixo que seria un Dios: *Eritis sicut dii*. Tan fuerte impresion hicieron estas palabras en su espíritu, que toda su posteridad las ha resentido; y por miserables que sean todos sus hijos, no hay entre ellos alguno que no desee ser Dios como su Padre.

Esto no obstante, el gran Bautista se defendió con todos los atractivos de esta gloria; miróla con desprecio, escuchóla con indignacion, y jamás re-

ci-

(a) Aug. Ep. 64.

cibió alabanzas, que no le sirviesen de motivo para humillarse. Si aplaudian su Bautismo, que le ensalzaba sobre todos los hombres, obligando á los pecadores á postrarse á sus pies, tomaba ocasion de esta misma alabanza, para rebajar su empleo, diciendo, que él bautizaba solamente con agua; que despues vendria otro que bautizaria con fuego: *Ipsæ vos baptizabit in spiritu* (a). Si le preguntaban quien era, no admitia qualidad alguna de las que le daban, sino que tomando la mas humilde y verdadera, se contentaba con decir, que era la voz del que clamaba en el desierto. En que debeis notar, que no hay cosa mas feble que la voz: no es otra cosa que un soplo, que hiera al ayre, que se lleva el viento, y que se pierde en el punto mismo que se percibe. Y ved aqui todo lo que San Juan pretende ser sobre la tierra. Esta es la unica qualidad que él se atribuye, y la unica alabanza que le agrada. Y asi, despues de haber protestado, que no era ni Predicador, ni Profeta, ni Elias, ni Jesus, se contentó con decir, que era la voz del que clamaba en el desierto: *Vox clamantis in deserto*.

Pero admirad la justicia del Cielo en este suceso; pues dispone que San Juan se ensalce al tiempo mismo que intenta abatirse, y que forme su mismo elogio en aquellas palabras con que pretende despreciarse. Porque mirad, en las referidas palabras nos dá á entender, que él es respecto del Verbo Encarnado, lo que es la palabra respecto del pensamiento; que él no viene al mundo sino para darle á conocer; que le manifiesta por sus acciones; y que despues que le haya introducido en el espíritu de los Judios,

se

(a) Matth. 3. v. 11.

se desvanecerá del mismo modo que se desvanecia la palabra luego que dá á conocer el pensamiento. Si los hombres arrebatados ó enamorados del resplandor de sus virtudes, se venian á su escuela, y deseaban ser sus discipulos, los remitia al Hijo de Dios, publicando altamente, que él no era mas que una estrella, que desaparecia delante del Sol; y que su mayor gloria sería el morir en la memoria de los hombres, porque en ella viviése y reynase la del Salvador del mundo: *Oportet ipsum crescere, me autem minui*. Y en virtud de esto, quando juzgando los hombres que Juan era el Mesias prometido, le ofrecian el cetro de Judéa, él se abismaba en su nada, y reusó este honor con tan santa indignacion, que ensalzó maravillosamente su humildad. Mas para percibir toda la grandeza de esta virtud en el Bautista, es preciso considerar, que no se le puede ofrecer á un hombre cosa mas grande, que lo que los Judios ofrecian á San Juan; porque le ofrecian sobre la tierra lo que fue ofrecido al primero de los Angeles en el Cielo. Le ofrecian, digo, no solamente el cetro de Judéa, sino el del Universo, pidiendole al mismo tiempo se dexase adorar como Hijo unico de Dios. Pero Juan reusó humildemente lo que Lucifer aceptó injustamente; y venciendo la tentacion que perdió á este soberbio Espiritu, dió al Verbo humillado baxo de las apariencias de una carne delinquente, los omcnages y adoraciones, que Lucifer no quiso tributarle, aun viendola en toda su gloria y esplendor. ¿Podia, pues, Señores, llegar á mejor extremo la humildad del Bautista? ¿podia el orgullo haberle acometido con mayor destreza y eficacia? ¡Ah! Es preciso confesar, que pues no se dexó vencer de tan superiores alabanzas y ofertas, estaba bien á cubierto de todos los artificios

cios

cios del Demonio y de los hombres. Si.
 Gran Santo, vos servis à un Maestro tan justo, que no dexará vuestra humildad sin su debida recompensa. Vos habeis siempre permanecido firme en vuestra obligacion; él os hará participante de sus glorias. Vos habeis reusado los falsos honores que dan los hombres; él os franqueará los verdaderos. Y pues no habeis querido aceptar la gloria que ofrecian los Judios à vuestra virtud, por juzgarla digna de todos los honores; el Hijo de Dios os dará el segundo lugar en su Reyno; pues qualquiera de los nacidos de muger será menor que vos: *Non surrexit major inter natos mulierum Joanne Baptista*. Pero no llegareis, Señores, à conocer perfectamente su grandeza, hasta que veais su gozo y su privacion, que fue el cúmulo ò consumacion de su gloria, y la conclusion de su Paganeyrico. Para lo que es necesario advertir, que

PUNTO TERCERO.

Así como no hay en el Universo cosa mas excelente que Jesu-Christo; así tampoco hay dicha mayor que la de poseerle, ni mayor infelicidad que la de malográrle. El deseo mas vivo y mas justo de todos los Profetas fue el de lograr su vista. Se tenian por infelices de no alcanzar los tiempos del Redentor del mundo, para escuchar los oraculos que saldrian de su boca, y ver los milagros que obrarian sus manos. Y así, quando el mismo Señor, quiso dar à entender à sus discípulos las ventajas que lograban en verle, y en escucharle, les declaró estos deseos de los antiguos Patriarcas, diciéndoles, que ellos lograban una cosa, que muchísimos justos habian deseado, y no habian conseguido: *Multi Prophetæ & justi*
cu-

cupierunt videre quæ videtis, & non viderunt, & audire quæ auditis, & non audierunt (a). Y quando quiso ensalzar la dicha de Abraham, les dixo, que este Patriarca habia deseado verle; y aunque solamente lo logró en figura y enigma, recibió esta gracia con el mayor regocijo, y estimacion: *Abraham exultavit ut videret diem meum, vidit & gavisus est*. En efecto, la mayor dicha de los Apostoles, fue la de haber conocido à Jesu-Christo, la de haberle acompañado en sus viages, la de haber escuchado sus doctrinas, y la de haber sido fieles testigos de las maravillas que dixo, y obró.

Por consiguiente, una de las mayores glorias de San Juan Bautista fue la de haber visto al Hijo de Dios, la de haberle bautizado en el Jordán, la de haberle dado à conocer à los Judios, y la de haber juntado su voz con la del Padre Eterno, para enseñarles, que aquel era el verdadero Mesias, prometido por Dios, y esperado de los Profetas. Pero mirad, este gozo, esta posesion del Bautista fue mezclada con la privacion de esta misma dicha; y si San Juan fue el mas dichoso entre todos los hombres, por haberse acercado al Hijo de Dios mas que otro alguno; fue tambien el mas afligido, por haber vivido separado de su Magestad por largos años. ¿No es, à la verdad, una gracia inestimable, que haya sido San Juan el primer hombre, en quien Jesu-Christo puso sus pensamientos, à quien primero visitó, y à quien primero comunicó su gracia? Pues así sucedió. Despues que el Señor cumplió con las obligaciones que debía à su Padre, despues que se ofreció à él

Tom. II.

Vv

co-

(a) Matth. 13. v. 17.

como esclavo, y como víctima, aceptando el decreto de muerte, que habia formado contra él; se dirigió à su Santa Madre, y empleó los primeros meses que ocupó su casto seno, en colmarla de gracias y de luces. Pero como despues de su Madre, no habia sobre la tierra cosa mas amada de su Magestad, que el Bautista, inspiró à la primera el deseo de ir à casa de Zacarías, à fin de santificar à su Precursor, y darle muestras de sus cuidados, y de su amor. Movió interiormente y con eficacia à su Madre, para que emprendiese este viage, y la prontitud con que fue obedecido, es una prueba evidente de la vehemencia con que Jesus lo deseaba. Luego que Maria entró en aquella casa, se explicó el Hijo por su boca, dando su virtud à la voz de su Madre. Y apenas el Bautista experimenta el efecto de aquella soberana visita, quando dá saltos de placer en testimonio de su reconocimiento y gratitud; è imitando à Jesu-Christo, pide prestada la lengua de Isabél; dá à entender sus intenciones por medio de sus palabras, y practica todo quanto le era posible para regocijarse con su libertador.

Los Santos Padres elevan ciertamente su eloquencia sobre este suceso, y dicen cien cosas para explicar los sentimientos de este infante. Juan, por instinto de la gracia, dice San Pedro Crysologo, siente la presencia de Dios, y dá aviso de esta fortuna à su Madre, sin embargo de que apenas empieza à vivir, y por consiguiente, de que no puede hablar: *Joannes suum sentit autborem, & extat nuntius suæ Matri; qui nescius erat vitæ* (a). San Agustin adelanta

(a) Chrys. Sermon. 70.

ta mas, pues admirando el poder de la gracia en el alma de un infante, nota en él otros tantos prodigios, como mysterios descubre. Juan, dice, recibió el Espiritu Santo en un tiempo, en que no tenia uso del suyo. Vió à Dios antes que à sí mismo. Anunció à Jesu-Christo antes de poder hablar; y para prepararse à vencer al mundo, empezó, venciendo à la naturaleza: *Joannes ante accepit divinum spiritum quàm humanum. Ante cepit vivere Deo quam sibi. Fervens nuntius ante gestivit nuntiare quam vivere; & ut vinceret mundum, vincit ante naturam* (a).

Mas aunque fue tan extraordinario este favor, tuvo tambien sus penas, pues fue un goce acompañado de privacion: porque estos dos amantes no podian ni verse ni hablarse; ambos estaban cautivos y mudos; ambos encerrados en el seno de sus madres, como en una amable, pero obscura prision; y así se vieron precisados à buscar intérpretes para comunicarse, y pedir palabras para manifestar sus pensamientos y deseos. El Hijo de Dios, como el mas poderoso, comunica su luz y su gracia al alma del Precursor, haciendole sentir su presencia por los favores y privilegios que le franquea; pero no rompe su silencio para mostrarle su amor, ni adelanta su nacimiento para manifestarle su semblante. Trata con él al modo que lo practica con los fieles; pues oculto en el seno de su madre, así como lo está en las especies de nuestros Sacramentos, aumenta, al parecer, sus deseos, y exercita su paciencia en esta especie de comunicacion. San Juan, por su

Vv 2

par-

(a) Aug. Sermon. 3. de Sanct. Joann. Bapt.

parte, no pudiendo usar de su cuerpo, se vale de todo su espíritu. Viendo que la naturaleza le niega su socorro, implora el de la gracia, para explicar sus sentimientos, y para exercer su oficio: *Et quia tardabat corpus*, dice Agustino, *solo spiritu implet evangelizantis officium* (a).

¿No es, pues, evidente, Señores míos, que esta conversacion estaba acompañada de sentimientos, sin embargo de sus placeres? ¿No es cierto, que si San Juan fue dichoso en ver espiritualmente al Hijo de Dios, fue afligido al mismo tiempo por no poder hablarle? Mas considerad asimismo, que esta especie de trato entre San Juan y el Hijo de Dios no duró mas que tres meses, porque cesó luego que el Bautista salió à ver la luz, y tuvo mas libertad ò menos impedimentos para rendir sus obsequios à Jesu-Christo; bien que luego que fue nacido, se separaron, para no volverse à ver sino en las riberas del Jordan. El Hijo de Dios fue conducido por sus Padres à Egypto, para evadir el furor de Herodes; y San Juan fue llevado por los Angeles al desierto, para instruirse en su escuela, y prepararse para la predicacion. ¿Pero qué de aficciones no sintió en aquella soledad! ¡quánto no pensaba en su divino libertador! ¡qué deseos de verle! ¡qué dolores por hallarse tan separado de él!

La soledad, sin duda, aumenta todas nuestras penas; porque como no nos subministra diversion alguna, nos dexa devorar de nuestras pasiones. A un hombre ofendido, por exemplo, no le representa otra cosa que las injurias ò las pérdidas que ha sufrido.

(a) Aug. ibi.

do. A un amante, solo le trae à la memoria la hermosura que ama y que ya no posee; y al mismo tiempo que irrita sus deseos, aumenta terriblemente sus dolores. Juzgad por esta repetidísima experiencia, cuál sería el suplicio de San Juan, pues amaba, y estaba solo. Juzgad de sus continuos deseos de ver à su Salvador, de alegrarse con él, y de disponer el corazón de los hombres para que le recibiesen y adorasen. ¡Ah! Nada era capaz de dulcificar su pena, sino la creencia que le animaba, de que esta separacion podría servir à la gloria de Jesu-Christo; pues habiendo vivido siempre separado de él, sería su testimonio menos sospechoso à los Judios, los quales deberían creer con facilidad à un hombre que habia pasado toda su vida en el desierto.

Pero luego que se finalizó este largo tiempo, y que por orden del Cielo le fue permitido al Bautista acercarse al Hijo de Dios, ¡quánta pena y confusion no causó en él aquella primera vista! ¡qué contradiccion, y qué rigor no experimentó en este suceso! Porque mirad: por una parte no pudo San Juan acercarse al Salvador familiarmente, como lo deseaba; pues el Eterno Padre, de quien era Profeta: *Propbeta Altissimi vocaberis*, le obligó à continuar la privacion de su goce; por otra, fue juntamente precisado à bautizar à Jesu-Christo, y por consiguiente à ver posttrado à sus pies al mismo, cuyas huellas deseaba él besar. Este fue un tormento inexplicable para el conocimiento, amor, y humildad de este Precursor. Y así, quiso excusarse de practicar semejante destino, y renunciando el cargo para satisfacer à su modestia, pidió el Bautismo al que ya le habia bautizado en el vientre de su Madre: *Ego à te debeo bapti-*

zari (a). Pero el Hijo de Dios selló su boca, y le dixo, que habiendo venido al mundo para salvar à los hombres, debía cargarse con todos sus pecados: *Sic decet nos implere omnem justitiam*. Y así San Juan, acomodandose à los deseos del Hijo de Dios, y al precepto de su Padre le condenó à morir en el hecho mismo de bautizarle.

Para inteligencia de una verdad tan importante, es necesario saber, que San Juan iluminado del Cielo en las riberas del Jordán, miró à Jesu-Christo como al cordero que debía borrar los pecados del mundo. Le consideró como una inocente víctima, que debía ser sacrificada por nuestra redencion, y que confiriendole el bautismo, le obligaba à finalizar su sacrificio, y satisfacer con su muerte à la justicia de su Padre. Y en esto exerció Juan sobre Jesu-Christo un poder, que no habia jamás exercido la Virgen sobre su hijo; porque aunque esta Señora la habia vestido de nuestra carne, de nuestras enfermedades, y le habia dado la semejanza de pecador con la forma de esclavo, no le habia condenado à cargar con nuestras culpas; y con todo el poder de Madre y de Soberana, no pudo obligarle à ser la caucion ò fideyusor de los delinquentes. Mas como San Juan representaba la Persona del Eterno Padre, manteniendo su autoridad, y obrando segun sus intenciones, emprendió mas que la Virgen; pues cargó à Jesu-Christo con todos los pecados del mundo, le empeñó en el suplicio de la Cruz, y le intimó la sentencia de morir por todos los hombres. Y esto es; por

(a) Matt. 3. v. 14.

ventura, lo que intentó decir el Chrysologo por estas palabras, que son una explicacion de las de San Juan: *Joannes suum Dominum in penitentie baptisma demersit, quia voluit iudex suam subire sententiam, ne damnaret reos* (a). Juan entró à su Maestro en las aguas de la penitencia, porque reconoció que queria ser nuestro fiador, y sufrir la misma sentencia que habia pronunciado como Juez, por no condenar à los culpables.

En efecto, luego que por San Juan fue bautizado el Hijo de Dios, se retiró al desierto, cargado con los pecados del pueblo, y ayunó quarenta dias, acompañado de las bestias: *Et erat Jesus cum bestiis*; en fin, hizo todos los oficios de un penitente público, para executar las ordenes que le habia dado su Padre por la boca de San Juan. ¡Qué autoridad, Señores, tan prodigiosa la de este grande hombre en poner ò cargar todos los pecados del mundo sobre la cabeza de Jesu-Christo! Pero qué dolor al mismo tiempo no sería para el Bautista el pronunciar contra su amado Salvador la sentencia de muerte, condenandole por medio del bautismo al suplicio de la Cruz! Quando los Ministros de la Iglesia bautizan à los hombres, los absuelven, esto es, los purifican de sus pecados; y despojandolos del viejo Adán para vestirlos del nuevo, los sacan, digamoslo así, del infierno, y los introducen en el Cielo. Mas quando San Juan bautizó al Hijo de Dios, le cargó con el peso de todos nuestros pecados, le obligó à lavarlos con su sangre, y le constituyó la víctima del Universo, sentenciandole à perder el honor y la vida por la salud

(a) Chrysolog. Serm. 90.

de los hombres. Y así, confesadme, Señores, que este honor costó muchas lagrimas à San Juan; que su corazón fue traspasado del mas terrible sentimiento, quando se vió obligado à pronunciar una sentencia tan cruel contra su divino libertador; y que su pena llegó à lo sumo del dolor, quando sirviendo de interprete al Eterno Padre, condenó à muerte à su unico y adorable Hijo. ¡Quánto no se hubiera entonces alegrado de no haber salido del desierto, de no haber jamás comparecido en las riberas del Jordán, ni haber visto à aquel, de cuya presencia esperaba toda su felicidad! ¡Quántos suspiros no daría al pronunciar estas palabras: *Ecce Agnus Dei!* ¡Ah! Confesemos, que la obediencia à las ordenes del Eterno Padre fue por entonces para el Bautista sumamente dolorosa; y que mas hubiera querido ser la víctima que el Sacerdote en este funesto sacrificio.

Reconoced, pues, Señores, que en la persona de San Juan, así como en la de Jesu-Christo, todo fue una mezcla portentosa; fue inocentísimo, y al mismo tiempo penitente en sumo grado; fue el mas grande, y el mas humilde de todos los hombres; fue el favorecido, y el mas angustiado de los Santos. Pero reconoced tambien, para confusion vuestra, que él fue inocente, y vosotros pecadores; y que él fue penitente, y vosotros no lo queréis ser. No teneis, à la verdad, excusa alguna; porque yo no os he propuesto su inocencia, quando estaba aun en la cuna, y por consiguiente, quando ésta era un puro efecto de la divina gracia: sino que os he propuesto su inocencia quando estaba en el desierto; porque entonces era verdaderamente efecto del esfuerzo, y fidelidad, con que correspondía à los socorros celestiales, que à ninguno le faltan. Allí, digo, le vereis evitar
los

los mas ligeros defectos, quando vosotros estais cayendo continuamente en los mas enormes. Allí le vereis en una continua vigilancia para no proferir una palabra que sea inutil, y por consiguiente, confundiendo vuestras murmuraciones, vuestras mentiras, vuestras calumnias, y vuestras liviandades. Allí en fin, le vereis conservar su inocencia hasta la muerte; quando vosotros la sois perder desde el punto en que salís de la infancia, usando de aquellas primicias de vuestra razon y de vuestra libertad, para ofender al que os la dió. Pero no es lo mas el que San Juan fuese inocente; lo mas es, que siendo inocente, fuese al mismo tiempo penitente y mortificado. Lo mas es, que pasase, como efectivamente pasó toda su vida en el ayuno, en la soledad, en la oracion. No comia ni bebía, dice la Sagrada Escritura, y aunque su carne no era rebelde à su espíritu; aunque su cuerpo estaba siempre obediente à su alma, le privaba de todos los placeres de la vida, aun de los mas inocentes. Pero nosotros, ¡ah! nosotros, que por un desorden espantoso, somos pecadores sin ser penitentes; nosotros que ofendemos à Dios, y no le satisfacemos; que perdemos la gracia del Bautismo, y no la procuramos recobrar por la penitencia; que experimentando continuamente el desorden de nuestras pasiones, la infidelidad de nuestros sentidos, y la rebeldía de nuestra carne, no procuramos contener por medio de la austeridad à este enemigo; ¿qué disculpa podremos alegar en el tribunal de Dios? ¿Es posible, que habeis ya olvidado aquellas palabras del Bautista: *Agite penitentiam*, haced penitencia, y aquellas, mucho mas terribles, que salieron de la boca del mismo Jesu-Christo, quando dixo: Si no habeis penitencia, todos perecereis? *Nisi peni-*

tentiam egeritis omnes simul peribitis?

Finalmente, San Juan fue grande, pero esta grandeza no le hizo jamás desviarse de los mas profundos sentimientos de la humildad. Oculto siempre baxo del polvo de su sér, y abismado en la nada de su naturaleza, todo quanto le decian para ensalzarle, eran unos eficacisimos estímulos de su verdadera humillacion. Pero nosotros, quanto mas pecadores, tanto somos mas soberbios. Una aparente virtud nos hace orgullosos; una falsa alabanza nos seduce y engría; una ridícula lisonja nos corrompe; y todos quantos pecados abrigamos en nuestro corazón, no son capaces de humillarnos. Mas ya que seamos delinquentes, no seamos soberbios. Aprendamos, Señores, de nuestras mismas culpas à ser humildes. Saquemos, à lo menos, este fruto de nuestra misma miseria. Y si no somos ni grandes, ni inocentes como el Bautista, seamos, como él, humildes y penitentes. Pero sin olvidarnos jamás, de que todas sus glorias fueron acompañadas de rigores; que si la presencia del Hijo de Dios fue causa de su dicha, su ausencia lo fue de su pena; que gozó de placer y de consuelo, mientras que pudo tributarle algun servicio, pero que fue afligidísimo quando contribuyó à su muerte, por obedecer las ordenes de su Eterno Padre. Y así, si queremos imitar à este Santo Precursor, es necesario, que no deseemos otra cosa que el poseer à Jesu-Christo; que la pérdida de este Señor sea nuestro único tormento; y que no tengamos otro gozo que el de servirle; para que habiendo caminado sobre las huellas del Bautista, interin vivimos en la tierra, merezcamos la posesion de aquellas únicas y verdaderas delicias, que él posee, y poseerá por los siglos de los siglos en la gloria. Así sea.

SER-

+++++

S E R M O N

DE SAN PEDRO APOSTOL.

Nimis honorificati sunt amici tui Deus, nimis confortatus est principatus eorum.

Psalm. 138. v. 17.

COMO no hay poder igual al del Hijo de Dios, así tampoco hay liberalidad semejante à la suya. Toda la de los Reyes de la tierra, sin embargo de las alabanzas que reciben de la boca de sus vasallos, es una verdadera pobreza; porque además de que se agota con facilidad, y que no resarce sus profusiones sino con injusticias y violencias, no es capaz de dár à sus adoradores otra cosa, que unos vanos títulos, ò unas rentas transitorias. Pero el Hijo de Dios recompensa à sus vasallos con tan extremada bondad, que los hace sentar en su mismo trono, y reynar con él. Por eso el Profeta David, viendo en espíritu las recompensas que están destinadas para los que le sirven, lleno de admiracion exclamaba: O Señor, ¡quán honrados son vuestros amigos, y quán superiores los favores que les hacéis à sus servicios y à sus esperanzas! *Nimis honorificati sunt amici tui Deus.* Mas este oraculo de David, que se verifica en todos los Santos, es muy ventajoso en los Apostoles; porque como estos tuvieron mayor parte en la amistad de Jesu-Christo que los demás Santos, han parti-

Xx 2

ti-